

VITTORIO SCIUTI RUSSI

Conocí al profesor Vittorio Sciuti Russi en 1984. Era un joven catedrático, que había llegado a España como representante de la nueva historia de instituciones e historia del derecho que por aquellos años se hacía en las universidades del sur de Italia. Su misión la realizó muy satisfactoriamente, pues, consiguió que todos los jóvenes investigadores de las principales universidades españolas leyéramos con gran interés las obras de aquella gran colección de libros rojos, de la editorial Jovene, dirigida por el profesor Raffaele Ajello, y que autores como Aurelio Cernigliaro, Pier Luigi Rovito o el mismo Sciuti Russi fueran incorporados a nuestra bibliografía como auténticos maestros. No creemos que la historiografía española haya hecho la justicia que se merece a esta gran colección editorial porque —en nuestra opinión— fue la que abrió a los investigadores españoles el camino hacia el exterior y a la renovación de los estudios sobre el imperio español. Al menos, en nuestro caso, así sucedió porque, un joven becario entonces, Manuel Rivero Rodríguez, llegaba a Sicilia dos años después, buscando al profesor Sciuti Russi para que le orientase e introdujese en los archivos con el fin de realizar su tesis doctoral sobre el Consejo de Italia.

Con todo, la obra del profesor Sciuti Russi es poco conocida aunque —como queda dicho— fue uno de los historiadores que mejor han descrito la intensidad y la complejidad de los lazos existentes entre españoles e italianos en la Edad Moderna. Su fundamental *Astrea in Sicilia* (Nápoles, 1983) circuló ampliamente entre quienes éramos jóvenes historiadores en los años ochenta del siglo XX, contribuyendo decisivamente a cambiar el enfoque con que se había estudiado la Italia española desde los tiempos de Benedetto Croce. Su perspectiva historiográfica estaba muy lejos de lo que acostumbraban a mostrar los hispanistas o los italianistas anglosajones, pues él no contemplaba el pasado con esa mirada condescendiente que hallamos en algunos pasajes de Helmut G. Koenigsberger o Eric Cochrane que, enamorados de Italia, atribuían a España las causas de su decadencia. Si para estos historiadores España era lúgubre y negra, causa de un periodo oscuro de la historia («the dark ages»), así lo decía

Cochrane), Sciuti Russi aportaba un análisis que —sin dejar de ser crítico— ahondaba en los problemas despojándolos de prejuicios. Al abordar el análisis de la justicia, del comportamiento de los magistrados y la máquina de las leyes describió un mundo complejo en el que los sicilianos adquirirían relieve respecto de los españoles. El reino de Sicilia tomaba cuerpo como sujeto histórico. Sciuti Russi nos recordaba que aquel fue un reino nacido de un pacto y que su posición excepcional e independiente en la Monarquía Hispana acercaba más al imperio español a una «Commonwealth» que a un imperio unitario y centralizado. Estas ideas fueron continuadas en sus libros sucesivos, *Il parlamento siciliano del 1612* (1984); en la edición e introducción de la obra de P. de Cisneros, *Relación de las cosas del reyno de Sicilia* (1990) y en *Mario Cutelli. Una utopia di governo* (1994).

Sciuti Russi siempre se sintió a gusto reconociéndose como un heredero de las ilustraciones española e italiana. Una tradición de compromiso cívico que contemplaba el pasado no desde la superioridad del presente sino desde la búsqueda de la verdad. Le preocupaban problemas universales, la actitud del hombre ante la tiranía y la utilización del pasado como arma en el presente. En este sentido, no es ocioso señalar la sombra proyectada por el magisterio moral de Leonardo Sciascia sobre su obra. *Gli uomini di tenace concetto* (Milán, 1996), un libro injustamente ignorado por la crítica y que ha pasado casi de puntillas por el panorama historiográfico europeo, fue pensado y creado a propósito de un libro emblemático de Sciascia, *Morte d'un Inquisitore* (1964). Esta complementariedad entre el literato y el historiador académico, entre Sciascia y Sciuti Russi recuerda, salvando las distancias, al emparejamiento existente entre Alessandro Manzoni y Cesare Cantú, saludado por Alfred von Reumont como el verdadero nacimiento de la historia en el siglo XIX, mucho más eficaz y de mayor calado que los densos estudios de Leopold von Ranke y Jacob Burckhardt. Esta unión de los problemas cívicos o morales planteados en el ensayo literario generaban interrogantes que solo era pertinente responder desde la historia. Repetir la historia tal como fue, según la conocida expresión rankeana, era un discurso insípido y carente de sentido pues los historiadores no eran simples notarios del pasado. Sciuti Russi contemplaba una historia política comprometida con la mejora de la condición humana y como Sciascia veía precisamente en la propuesta manzoniana la mejor manera de sacar a la historia de su encrucijada, en la disyuntiva de su condición de ciencia social o saber humanístico. La historia da respuestas, ilumina con la verdad, confirma o desmiente lo que la memoria o la desmemoria colectiva quiere creer o cree recordar.

El profesor Sciutti Russi fue fiel a unos valores y elementos intelectuales ilustrados: el modo de utilizar la razón, la forma de enfocar el análisis de los problemas, incluso la cita de los *philosophes* (en sus escritos se halla con frecuencia a Voltaire). Los temas que investiga siempre estuvieron relacionados con sus preocupaciones vitales, con su compromiso con la sociedad. En su

último libro, *Inquisizione Spagnola e Riformismo Borbonico fra sette e ottocento* (2009), dedicado a su esposa, Sciuti Russi nos devuelve a ese espíritu crítico. El libro parece una historia fuera de la moda, fuera de la crisis de la conciencia histórica que envuelve como una niebla al actual panorama historiográfico europeo. Un panorama estéril, agostado por la falta de ideas. Con su peculiar estilo, mediante una narración muy trabajada y pulida, precisa como un bisturí, Sciuti Russi desgrana las historias de tres hombres que trataron de encender la luz donde había oscuridad, que abogaron por la libertad y el progreso y combatieron la crueldad del «terrible monstruo» de la intolerancia y el fanatismo: Friedrich Münter, el abate Henri Grégoire y Juan Antonio Llorente. Alrededor de ellos, el virrey Caracciolo, Jovellanos, Goya, el cardenal Spinelli, Godoy e incluso Napoleón toman partido o toman conciencia de la Inquisición como problema, situándola en un debate más amplio, el de la tolerancia. Simbólicamente, la disolución del tribunal es la prueba del triunfo de la razón, de la tolerancia y de los derechos del hombre. Su mirada se posa sobre un tema que no es susceptible de ser alterado por las modas y que tiene (y tendrá siempre) valor universal. Detrás de las historias de los hombres que combatieron la Inquisición con su pluma, Sciuti Russi sitúa su discurso en la senda de Pietro Giannone y Pietro Verri, articulando una historia civil donde la dignidad del individuo, la seguridad en la ley y la mejora de la justicia marcaban la línea con la que se recorría el progreso histórico.

Desde un aspecto formal, el libro puede sorprender al lector español por adoptar un estilo muy familiar en Italia, el relato-investigación de fondo judicial, inaugurado por Alessandro Manzoni (*Storia della colonna infame*) y tomado como referente narrativo por Leonardo Sciascia para construir una de sus obras más preciosas y acabadas, *Morte dell'Inquisitore*, que Sciuti Russi empleó como espejo para sus *Uomini di tenace concetto* («hombres de ideas tenaces») mejorando con fortuna estos precedentes estilísticos. Este método forense refleja el oficio, el *mestiere*, de Vittorio Sciuti Russi, historiador del derecho y de las instituciones cuya indagación rememora el relato judicial, reconstruye cada uno de los pasos que conducen a la toma de conciencia y a la creación de opinión. Informa de cómo el individuo contempla un acto aislado que prácticamente nadie advierte negativo (la pena de muerte o el castigo a los disidentes) y cómo transfiere su posición crítica a la masa social hasta hacer despertar la conciencia de la opinión pública. El núcleo de su indagación se centra precisamente en esa transferencia que explica el paso o el camino que conduce desde la complacencia o indiferencia ante un fenómeno, a su combate y a la creación de una opinión activa, a favor o en contra, de la misma. La polémica sobre la Inquisición es, como señala el autor, el centro de uno de los debates más intensos de la Ilustración europea. Las páginas del abad Gregoire, articuladas con las de Voltaire, Llorente, la correspondencia de Caracciolo con Diderot, etc, fijan el debate sobre la construcción del ideal

de la dignidad humana realizado por los ilustrados, un debate cuyo eco se escucha en la Declaración universal de los derechos del hombre. El autor no descuida el hecho de que un libro, aunque sea de historia, es sobre todo un libro: el estilo y su profundidad se desenvuelven en una narración exquisita. Así fue Vittorio Sciuti Russi.

José MARTÍNEZ MILLÁN
Manuel RIVERO RODRÍGUEZ